

de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallelwyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hacia la parte de donde venía el rayo de luz exclamó: «Valientes, Dios nos envía la claridad de su sol; pensad en vuestras mugeres y en vuestros hijos!...»

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz: ¡Granson! ¡Granson! y rompiendo la marcha llegó con bastante orden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tropezó con una porción de perros de caza que pertenecían á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hacia su campo; esto fué mirado por los confederados como buen agüero. Los suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habían destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunion con el Aar, se habían adelantado observando el conde Romont, á quien debían inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Carlos. Hallelwyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunido á su vanguardia, y Waldman que tenia el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar, Hallelwyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalacion por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veían las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culebrinas. Aquella linea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los suizos anunciaron que la muerte habia destrozado sus filas.

Sobretudo, la tropa de Hallelwyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones, salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallelwyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se habia adelantado hasta las orillas del foso; pero habiase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se

fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los suizos le atacaban. Creía tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habian hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensajero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensajero le dijo que él habia con sus propios ojos, visto á los suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Carlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que habia permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla, diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera ducal que le seguía el sitio donde se podia hallar, corrieron hacia él el duque de Somerset, jefe de los ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron que era lo que debían hacer. *Lo que veais que yo haga*, respondió el duque lanzando su caballo hacia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavía aun Hallelwyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no habia cesado de dar vueltas alrededor de los atrincheramientos; encontrando al fin un punto mas débil se habia apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos, contra los enemigos mismos, metralaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hacia aquel punto se dirigia el duque, y esta acción se verificaba por el punto por donde pasa hoy el camino de Friburgo.

Carlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caían rodando á sus pies por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el extremo derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Hertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, habia logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se reunía con el lago. Defendía este punto

el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desorden en sus tropas.

Adriano de Bubemberg habia salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogérle entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Carlos no habia podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los suizos; á cada descarga se llevaban estos filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los ingleses; tal vez habrían aun permanecido firmes mucho mas tiempo, si el duque Renato que se habia reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarse con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Somerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que queria apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenia mas que alargar la mano para cogérla, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el ginete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que habia atacado, vino aun á aumentar el desorden. El duque Carlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Romont, molestado por los que se habian destacado contra él, ignorando ademas lo que sucedia á su espalda, no podia acudir á desembrazarle. No quedaba ya mas que una esperanza, abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podia calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hacia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbo, de Mailly y de Montaigu. Los doce que permanecían firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto

era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeció ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pie y acabando de matar á los que habian caído: no se dió cuartel mas que á las mugeres; los borgoñones que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenia cayó en poder de los suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiracion por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habian enviado tropas, y cada canton que habia enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricacion que debia quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederacion. La metrópoli del canton, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormían hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debían á la confederacion antigua. Los arrastraron con grande algazara á la esplanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombardas y una culebrina se reventaron, y cinco ó seis personas de las que servian estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba ademas para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Fri-

burgo. Al cabo de media hora de camino por una llanura llegamos al pie de una colina que nos invitó á subir á pie nuestro cochero, con pretexto de hacernos admirar el punto de vista, pero segun yo creo, para que no se cansase mucho su caballo. Yo, ordinariamente, siempre me dejaba engañar con estas supercherias, sin dar á entender que las adivinaba. Y si no hubiese sido por mis compañeros de viage, hubiera hecho todo el camino á pie. Esta vez á lo menos la invitacion del cochero no carecia de un motivo plausible. La vista que abarca todo el campo de batalla, la ciudad y los dos lagos de Morat y Neuchatel es magnífica; el punto mismo en que nos encontramos era en donde habia hecho alzar su tienda el duque de Borgoña: Media hora de camino nos llevó despues á la cresta de la montaña, y apenas la hubimos pasado, cuando sobre la vertiente opuesta á la que acabamos de subir, reconocí el lugar donde habia hecho el piadoso *alto* todo el ejército de los confederados. El resto del camino no ofrece nada de notable mas que el lindo valle de Gotteron, que viene á reunirse con el camino á una legua artes de Friburgo y que se estiende hasta las puertas de la ciudad. Sobre la cima opuesta á la que nosotros seguíamos, nos hizo observar el guia la ermita de Santa Magdalena, que nos invitó á visitar al dia siguiente, y en el fondo del valle un acueducto romano que sirve hoy para llevar una parte de las aguas del Sarina á las ferrerías de Gotteron.

La puerta por la que se entra en Friburgo viniendo de Morat, es una de las construcciones mas atrevidas que se pueden ver. Suspendida como se halla encima de un precipicio de doscientos pies de profundidad, no habia mas que destruirla para hacer intomable la ciudad por aquel lado. Friburgo todo, parece el resultado de una apuesta hecha por un arquitecto fantástico despues de una opipara comida. Es la ciudad mas jorobada, digámoslo así, que he visto: se ha tomado el terreno tal cual Dios lo habia hecho, los hombres han edificado encima y nada mas. Apenas se ha pasado de la puerta que se baja, no por una calle, sino por una escalera de veinte y cinco á treinta escalones, se encuentra entonces uno en un vallecito empedrado, adornado de casas por ambos lados. Antes de subir á la catedral que se encuentra enfrente hay dos cosas que ver; una fuente á la derecha y un tilo á la izquierda. La fuente es un monumento del siglo XV. Curioso por su sencillez, representa á Sanson derribando un leon. El Hércules judío, lleva al costado, medida en su cinturón, á guisa de espada, su quijada de burro. El tilo es á la vez un recuerdo histórico y un monumento del mismo siglo: ved aquí la tradicion á que se refiere su existencia.

Hemos dicho que los ochenta jóvenes que Friburgo habia enviado á la batalla de Morat

habian colocado sobre los cascós y sombreros una rama de tilo para conocerse en medio de la refriega. El que mandaba estas gentes cuando vió ganada la accion despachó á uno de ellos á Friburgo á llevar la noticia á sus compatriotas. El joven suizo corrió sin descansar un momento como el griego de Marathon, y como él llegó moribundo á la plaza pública en donde cayó gritando, *victoria*, y agitando en su mano la rama de tilo que le habia servido de penacho. Esta rama religiosamente plantada por los friburgueses en el mismo sitio en donde habia caído su compatriota, produjo el árbol colosal que se ve allí hoy.

El campanario de la iglesia es uno de los mas elevados de la Suiza, tiene trescientos ochenta pies de altura. Por lo general en los Alpes hay pocos de estos monumentos; despues de la torre de Babel los hombres han renunciado á luchar contra Dios; las montañas sojuzgan á los templos; ¿quién es el loco que se atreveria á construir un campanario al pie del Monte Blanco ó del Yung-frau?—El pórtico es uno de los mas bien trabajados que hay en Suiza: representa en sus labores el juicio final en todos sus detalles. Dios castigando ó recompensando á los hombres que el sonido de la trompeta del juicio despierta y que los ángeles separan en dos secciones: la de los buenos, que inmediatamente entra en un castillo que representa el paraíso: la de los condenados, en la boca de una serpiente que representa el infierno; entre los condenados hay tres papas que se reconocen por sus tiaras. Al pie del bajo relieve se lee una inscripcion que indica que la iglesia se halla bajo la invocacion de San Nicolás, testimonio de la fé que los de Friburgo tienen en la intercesion del santo que han elegido por patrono, y del crédito de que piensan goza su patron con el Eterno Padre.

La inscripcion es esta:

PROTEGAN HANC URBEM ET SALVABO EAM
PROPTER.
NICOLAUM SERVUM MEUM (1).

El interior de la iglesia no ofrece nada notable mas que un púlpito gótico de bastante buen trabajo: en cuanto al altar mayor es del gusto de la estatuaria del tiempo de Luis XV, y se parece considerablemente al Parnaso de Mr. Titon du Tellet.

Como comenzaba á hacerse tarde, dejamos para el dia siguiente la visita que contábamos hacer á las demas curiosidades de la ciudad.

Friburgo es la ciudad católica por excelencia, creyente y rencorosa como en el siglo XVI. Esto da á sus habitantes un colorido de edad media muy característico. Para ellos no hay diferencia entre el pontificado de Gregorio VII

(1) Protegeré y salvaré esta ciudad por mediacion de mi siervo Nicolás.

del de Bonifacio VIII, ni distincion entre la iglesia democrática ó aristocrática: mañana en su caso descolgarian el arcabuz de Carlos IX ó volverian á encender la hoguera de Juan Huss.

El dia siguiente por la mañana envié al cochero á que esperase en el camino de Berna, y pedí á mi huésped que nos buscara un mozo para acompañarnos á la ermita de Santa Magdalena, porque los caminos se hallaban impracticables para poder ir en carriage.

Nos dió por guia á un sobrino suyo, muchacho molettudo, sacristan de profesion, y guia en los ratos perdidos. En Friburgo nos quedaba aun por ver la puerta Bourgillon, antigua construccion romana. Nos pusimos en camino guiados por nuestro *cicerone*. Pasamos para ir allí por cerca del tilo de Morat, cuya historia supe entonces, y bajamos despues por una calle de ciento veinte escalones que nos condujo á un puente que hay sobre el Sarina. En medio de aquel puente debe volverse la vista para mirar cómo se levanta Friburgo á manera de anfiteatro, como una ciudad fantástica: entonces se reconocerá bien la ciudad gótica hecha para la guerra y colocada en la cima de una escarpada montaña como el nido de una ave de rapiña; se verá el gran partido que ha sacado el genio militar de una localidad que parecia mas bien hecha para retiro de gamos que para morada de hombres, y cómo se ha formado en murallas un círculo de rocas.

A la izquierda de la poblacion, y como una cabellera echada hacia atrás, se ve una selva de abetos negros muy viejos; brotando de entre las quebraduras de las rocas, de donde sale el Sarina como una ancha cinta destinada á sostenerla; el Sarina con sus aguas grises serpentea un instante por el valle y desaparece en el primer recodo. Mas allá del riachuelo y sobre la montaña opuesta á la ciudad, se descubre sobre una especie de arbal en forma de anfiteatro la puerta Bourgneon, á la cual se llega por un camino abierto en la Peña de la montaña. Esta vista recompensa mal el trabajo que cuesta el llegar hasta allí; es una construccion romana, pesada, maciza y cuadrada, como todas las que quedan de aquella época. Cerca de ella y á la izquierda del camino, hay una capilla bastante linda construida en 1700, en cuyas hornacinas exteriores se han colocado catorce estatuas de santos que datan de 1650, entre los cuales hay dos ó tres de algun mérito. En lo interior de la capilla no hay cosa alguna digna de notarse mas que los numerosos testimonios de la fé de los habitantes. Las paredes están llenas de *ex-votos* que atestiguan los milagros de la Virgen María, bajo cuya invocacion se halla colocado aquel templo: los milagros en que se ha revelado su divina proteccion, están referidos y consignados en sencillas pinturas y en inscripciones mas sencillas todavia. La una representa á un anciano próximo á espirar, que de repente recobra la

salud con la aparicion de la Virgen Maria; la otra á una muger que va á ser aplastada bajo las ruedas de un carro que arrastra un caballo desbocado, y que una mano invisible detiene; otra tercera, á un hombre á punto de ahogarse, y que las aguas sacan ileso á la orilla obediendo á la voz de la Virgen, y por último, uno en que se ve á un niño que cae en un precipicio y á quien preservan del golpe mortal de la caída las alas de un ángel.

He copiado la inscripcion escrita debajo de este cuadro, y que traslado aquí literalmente.

EL 26 DE JULIO DE 1799 HE CAIDO DESDE LO
ALTO DE LA ROCA
DE LA CASA DE LOS HERMANOS BOURGER AL
SUBIR
A MONTTORGE HASTA LA SARINA, JOSEPH
HIJO DE JUAN VEINSANT KOLLY BURGEOT DE
FRIBURGO, DE EDAD DE CINCO AÑOS, PRESER-
VADO POR DIOS
I POR LA SANTA VIRGEN, SIN HACERSE DAÑO
ALGUNO.

Me hice conducir al sitio donde se habia verificado esta caída: el niño cayó de una altura de cerca de ciento ochenta pies.

Al volvernos por el camino de Berna, nuestro sacristan nos enseñó el punto que acababan de elegir los ingenieros para echar un puente que uniese la poblacion con la montaña situada enfrente. Este puente tendrá ochocientos cincuenta pies de longitud, y sobre una elevacion de noventa sobre los techos de las casas mas altas del valle. La idea de que Friburgo iba á hermosearse con un monumento tan moderno me contristó como parecia gozarse á sus habitantes. Esta especie de columpio que llaman puente colgante de alambre, desdecia mucho y de una manera estraña, á lo que me parece, con la gótica y severa ciudad que os trasporta á través de los siglos á los tiempos de creencia y feudalismo. La vista de algunos presidiarios con vestidos hilados de negro y blanco, que trabajaban bajo la vigilancia de un cómitre no contribuyó á iluminar aquel cuadro, que en mis ideas de arte y nacionalidad me entristeció tanto como pudiera hacerlo la vista de una casaca de color castaño en Constantinopla, ó de un calzon corto en las orillas del Ganges.

A las tres alcanzamos nuestro carruage que nos estaba esperando con el cochero con una inmovilidad y una paciencia admirable, nos colocamos en él con nuestro sacristan delante y caminamos hacia la ermita de la Magdalena. Despues de media hora de camino, poco mas ó menos, paróse el carruage y tomamos un atajo.

Al salir de Friburgo hacia un tiempo magnífico, lo cual no habia impedido que el mo-

nacillo de San Nicolás se hubiese armado de un enorme paraguas; que por la predilección que le mostraba, parecía ser el compañero ordinario de sus expediciones: era un criado muy servicial, vestido de percal azul, con algunos remiendos de lienzo gris, y cuando lo llevaba desplegado, tenía siete u ocho pies de diámetro; venerable paraguas-padre, cuya especie no se encuentra ya mas que en la Bretaña ó en la baja Normandía! Al principio nos habíamos reído de la precaución de nuestro guía, que vivo y jovial como un suizo-aleman nos había mirado largo tiempo con inquietud antes de saber lo que provocaba nuestra hilaridad, y que pasando un cuarto de hora, habiendo concluido por acertar la causa exclamó en voz alta: ¡Ah! sí, ser por mi paraguas. Ya comprendo.

Al cabo de diez minutos, cuando comenzábamos á subir con un calor de veinte y cinco grados la escarpada cuesta que conduce á la puerta Bourguillon, recibiendo á plomo sobre nuestras cabezas los rayos del sol, vimos á nuestro guía que desplegaba su mecanismo y que trepaba tranquilamente por una senda lateral á la sombra de aquella especie de máquina de guerra, y abrigado bajo su techo como un Santísimo Sacramento bajo un pábulo. Entonces comenzamos á conocer que el afecto que tenía á su compañero de viaje no era tan desinteresado como pensamos al principio. Nos paramos siguiendo con envidiosa vista su ascension bajo la sombra móvil que le rodeaba como la atmósfera á la tierra. Así que llegó á la altura donde nosotros estábamos detúvose á su vez, nos miró un momento con asombro como para preguntarnos la causa de haber hecho alto, y viendo después que nos pasábamos mutuamente unos á otros una botella de Kirshenwaser y que nos jugamos la frente con nuestros pañuelos, dijo hablando á solas cual si respondiese á una cuestión anterior:—¡Ah! sí, cha comprendo, tenéis por el sol calor.

Después siguió su ascension del mismo modo con la misma calma con que había empezado.

Al llegar al carruage, del mismo modo que un ginete cuida su caballo antes de pensar en sí mismo, dobló cuidadosamente nuestro guía á su querido paraguas, por quien empezaba yo á tener una veneración casi tan profunda como la suya; arregló simétricamente los pliegues unos sobre otros, y habiéndole pasado por la anilla de latón que lo sujetaba, volvió á colgarle en el ángulo que formaba la banqueta de la carretela, guardándole todas las consideraciones, que según él le eran tan debidas como á nosotros.

Adivinase que cuando nos volvimos á bajar para caminar á pie los tres cuartos de legua que nos quedaban para llegar á la ermita por una senda de atajo, lo primero que bajó fué el paraguas, y que no empezamos á andar hasta que su propietario estuvo bien seguro

de que no había sufrido el menor detrimento. No dejaba de haber razon para este exámen, pues mientras habíamos andado en la carretela se había nublado el cielo, y un trueno lejano que retumbaba en el valle se acercaba cada vez mas. Bien pronto cayeron gruesas gotas de agua; mas como estábamos á la mitad del camino, á igual distancia de nuestro carruage que á la del objeto de nuestra excursion, echamos á correr hácia unos árboles detrás de los cuales presumimos que se hallaba situada la ermita. Al cabo de cincuenta pasos la lluvia caía á torrentes, y á otros tantos teníamos empapada enteramente nuestra ropa en agua. Volvimos entonces la cabeza, y descubrimos á nuestro sacristan tranquilamente cubierto con su paraguas como debajo de un vasto cobertizo. Venía hácia nosotros poniendo la punta de los pies sobre la superficie de las piedras de que estaba sembrado el camino, y que formaban un archipiélago de pequeñas islas en medio de la sábana de agua que cubria todo aquel llano; de modo que cuando se reunió con nosotros no necesitamos mas que una mirada para convencernos que la persona de nuestro guía se había conservado intacta desde la cabeza á los pies; ni una gota de agua corría de su cabellera, ni manchaba los zapatos lastrados una sola mancha de barro. Al llegar á cuatro pasos de donde nosotros estábamos, detúvose y se quedó atónito al vernos calados y goteando, tiritando, y como bastase el aspecto del tiempo para pensar cual debíamos estar nosotros, reflexionó un momento, y cual si hablase á solas según solía, exclamó:—¡Ah! sí, cha entiendo, estar vosotros mojados, esto ser la tempestad.

¡Bribonzuelo! de buena gana le habríamos ahogado, y aun creo que alguno de nosotros propuso el hacerlo; afortunadamente nos libró de este mal pensamiento el tañido de una campana que se oyó á pocos pasos de nosotros, y que parecía salir de debajo de la tierra. Era la de la ermita, de la que nos hallábamos á algunos pasos. La tempestad había sido rápida y violenta como una tempestad de montaña, había cesado la lluvia y el cielo estaba otra vez puro. Sacudimos nuestra ropa, y dejando aquel lugar de abrigo, nos dirigimos hácia la gruta mientras que el sacristan buscaba un sitio aireado donde pudiese secarse su paraguas. Bien pronto nos hallamos delante de la obra mas maravillosa quizás de cuantas ha concluido la paciencia de un hombre desde el principio de los siglos.

En 1760, un labrador de Gruyère, llamado Juan Dupré, resolvió hacerse ermitaño y abrirse él mismo una ermita, cual jamás pudieron creer que pudiese existir los padres del desierto. Después de haber buscado mucho tiempo un sitio conveniente á su fin, creyó haber hallado en el lugar mismo en donde estábamos una masa de rocas bastante sólida á la vez y fácil de trabajar para poner en obra su proyecto.

Aquella masa cubierta en su cima de tierra vegetal sobre la que se alzan magníficos árboles, presenta al Mediodía una superficie cortada perpendicularmente, y domina á la altura de doscientos pies poco mas ó menos, el valle de Gotteron. Dupré trabajó sobre la roca no solo para abrir en ella una simple gruta, si no para tallar una habitacion completa con todas sus dependencias, imponiéndose además por penitencia no alimentarse mas que de pan y agua todo el tiempo que durase su trabajo. Al cabo de veinte años no se hallaba todavía su obra terminada, cuando fué interrumpida por la trágica muerte del pobre anacoreta. Ved aqui como la singularidad del voto, la persistencia con que lo cumplía Dupré, el atrevimiento de aquella escavacion en lo interior de la montaña, atraían á la Magdalena un gran número de visitas; y como de los dos caminos que conducían á ella, el mas corto y pintoresco, el del valle de Gotteron, era este el que siempre preferían los curiosos. Había un pequeño inconveniente. Llegado al pie de la ermita era necesario atravesar el Sarina; pero Dupré mismo se encargó de vencer aquella dificultad, haciendo construir una barca y dejando el pico por el remo cada vez que algunas personas desearan visitar la ermita. Un día una bandada de jóvenes estudiantes vino á su vez á reclamar el auxilio del piadoso barquero, y cuando se hallaban con él en medio del rio, uno de ellos burlándose del terror de otro de sus camaradas, á pesar de las amonestaciones del ermitaño, puso sus pies sobre los dos bordes de la barca, y la imprimió dejándose pesar tan pronto á babor como á estribor, un movimiento tan brusco que la hizo volcar. Los estudiantes que eran jóvenes y vigorosos lograron llegar á la orilla á pesar de la rápida corriente; pero el anciano se ahogó y la ermita quedó sin concluir.

Llegamos, en fin, á la gruta, bajando cuatro ó cinco escalones por una especie de poterna que atraviesa una roca de ocho pies de gruesa. Aquella poterna nos condujo á una terraza tallada en la misma piedra que sobrecarga encima de ella como los diferentes pisos de ciertas casas góticas que avanzan sucesivamente sobre la calle. A la derecha se nos presentó una puerta y entramos por ella. Nos encontramos en la capilla de la ermita, de unos cuarenta pies de largo y treinta de ancho y con veinte de elevacion. Dos veces al año un sacerdote de Friburgo viene á decir allí la misa, y entonces aquella iglesia subterránea, que recuerda las catacumbas donde los cristianos celebraron sus primeros misterios, se llena de gentes de los pueblecillos inmediatos; toda su riqueza consiste en algunos bancos de madera y algunas santas imágenes. A los dos lados del altar hay dos puertas talladas tambien en la roca, la una conduce á la sacristía, cuartito cuadrado de unos diez pies de ancho y otros tantos de alto, y la otra al

campanario. Este campanario extraordinario cuya modesta pretension enteramente opuesta á la de sus compañeros, no ha sido jamás la de levantarse sobre el nivel de la tierra, si no la de llegar á su superficie, se parece desde lo alto á un pozo y desde abajo á una chimenea: su campana está colgada en medio de los árboles que coronan la cumbre del monte, á cuatro ó cinco pies sobre la tierra, y el tubo por donde pasa la cuerda con que se toca tiene setenta pies de largo. Volviendo á entrar en la capilla y casi en frente del altar, se halla una puerta que conduce á un cuarto: en este cuarto, hay una escalera de diez y ocho escalones, que sirve para bajar á un jardinito; desde aquel cuarto se pasa á una leñera, y desde la leñera á la cocina.

A pesar de la abstinencia á que se había condenado el digno anacoreta, no había descuidado esta parte de casa tan necesaria á los individuos de la especie á que pertenecía, y parece que por una predilección bien desinteresada, fué una de las partes mas cuidadas de la ermita. Cuando entramos en ella, pudimos por un momento creernos en una de aquellas grutas que pinta en las montañas de Escocia el genio de Walter Scott y que poblaba una bruja desgredada con un hijo idiota. En efecto, debajo de la espaciosa campana de la chimenea, cuyo humo salía por un conducto de ochenta y ocho pies de alto, perpendicularmente horadado en la roca, hallábase sentada una vieja mondando unas legumbres que esperaba ya con la boca abierta una olla *herviendo*, mientras que enfrente de ella un moceton de veinte y seis años sentado sobre una piedra, estendía sus pies sin cuidarse de que los metía en un mar de agua, que la tempestad había vertido por la chimenea, preocupado únicamente por ver si había algo que poder comer en los desperdicios que tiraba su madre y que él examinaba con la tímida glotonería de un mono. Nos detuvimos un momento á la puerta para contemplar aquella escena, alumbrada solamente por el rojizo reflejo del fuego del hogar, en él chispeaba un pino entero cortado verde con ramas y hojas, que ardía desde la raíz hasta la punta; era preciso tener el pincel de Rembrandt para trasladar al lienzo aquel extraño cuadro con su ardiente colorido y su pintoresca espresion, él solo podría hacer comprender su poesia, y él solo hubiera sabido copiar aquella luz viva y resinosa, reflejándose entera en la arrugada cara de la vieja, jugueteando en los plateados rizos de sus cabellos, mientras que hiriendo solo de perfil la cabeza del mancebo dejaba la mitad oscura, y cubierta de resplandor la otra mitad.

Habíamos entrado sin que nos sintieran, pero á un movimiento que hicimos, la madre alzó los ojos sobre nosotros, y aislando su mirada deslumbrada por el centro mismo de luz ante el cual se hallaba, puso una mano sobre

sus ojos á modo de pantalla, y nos vió de pié, y arrimados á la puerta; alargó el pié hácia su hijo, y empujándole bruscamente le sacó de la ocupacion que le absorbía. Presumo que le dijo en mal alemán, que nos enseñase la ermita, pues el jóven tomó del fogón una tea de pino inflamada, y se levantó con una languidez enfermiza. Quedó un instante de pié en medio de aquel charco casi compacto por la reunion del olin y la ceniza que el agua al caer habia arrastrado consigo; despues nos miró con un aire estúpido, bostezó, estendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecian á ningun idioma humano, pero como estendia el brazo donde tenia la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hácia un corredor de ochenta pies de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, más ó menos macizas, segun el grueso exterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostró con el dedo sin otra explicacion que las sílabas: ¡heul! ¡heul! que repetia cada vez que nos queria indicar alguna cosa trazada con lapiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de Maria Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, muger del emperador y madre del rey, habia visitado esta ermita en 1813 y habia escrito su nombre, casi borrado hoy dia en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bizarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchon y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja estendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo más que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su estraña habitacion.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco pies; se paró en esta cifra en memoria de los dias que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce pies de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardín, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el jóven que nos servia de guia. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual: ¡heul! ¡heul! nos hizo volver la cabeza hácia una escavacion de la roca; es la entrada de una fuente de excelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aque-

la singular construccion. Mientras la visitamos, el tiempo se habia aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruaje y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pusimos á buscar nuestro guia, muy preocupados por los primeros sintomas de un hambre que prometia hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristan de San Nicolás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veian los restos de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, segun pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colocada sin tapon al lado de su paraguas atestiguaba haberse vaciado en un vaso más elástico y de más capacidad; en cuanto á nuestro hombre tenia los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él habia recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habria medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, despues de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter:—Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Despues se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hácia el sitio donde nos aguardaba el carruaje, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Cuando ya nos hubimos unido á nuestro cochero nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guia; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda segun creo), por el medio dia que nos habia consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristan tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de asegurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa, la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor alemán que pude: *Gul reis mein freund*. El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruaje. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginacion una idea, y fué la de preguntar á nuestro cochero si habia entendido lo que habia dicho nuestro guia.

—Sí, señores, nos contestó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él habia soportado en un solo dia el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresion que debió hacer tal reconvenccion á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanicion. Así es que nos quedamos en la insensibilidad más completa; solamente la traduccion de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cochero si habria alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas despues, se paró y nos preguntó si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

—¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

—No señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció á los nobles el año 1339....

—Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

—Cinco.

—Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cochero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media despues, desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruaje se paraba en el patio de la fonda del Alcon.

LOS OSOS DE BERNA.

Una zambra producida por muchos centenares de voces, nos despertó al dia siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana: se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos habia causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trages nacionales.

Una de las cosas que más me habian desilusionado en Suiza, era la invasion de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternas. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reunia ante mis ojos y con toda su coqueteria á las

más lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un ancho sombrero de paja punteagudo, que cubre sus sonrosadas mejillas; la muger de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á lo marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas, una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la más graciosa de todas, la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detras dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecia que aquel dia se habia puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mugeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; despues grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacian á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telon y ver una hermosa decoracion en escena. Despues, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuimos derechos hácia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñarnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artífice del siglo XV. Nuestro guia se sonrió.—¿Queréis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro